

«REGINA CÆLI»



**Celebraciones marianas
para el tiempo de Pascua**

INTRODUCCIÓN

La antífona medieval anónima *Regina caeli* aparece indicada por primera vez, al final del siglo XII, en el Antifonario de san Pedro de Roma como antífona al *Magnificat* para la octava de Pascua. Fue acogida en el siglo XIII en el Breviario franciscano y posteriormente en el romano como antífona que cierra en el tiempo pascual el Oficio divino después de Completas. Así permaneció también hoy en la restauración del Breviario romano.

Que Cristo resucitado se haya aparecido a la Madre no lo atestiguan los Evangelios, pero da testimonio desde el final del siglo IV la tradición antioquena, siríaca y griega, después de la bizantina y también la latina. En ambiente bizantino, más bien, en los siglos IX-X, se llega al hipótesis que María haya permanecido sola en el sepulcro y por lo tanto haya sido la primera testigo ocular de la resurrección del Hijo: habría contemplado el rostro divinamente hermoso e inmensamente se alegró, después de haber participado en la pasión en el Calvario.

La liturgia bizantina se hace eco orante de este acontecimiento, y en la mañana de Pascua, por boca del mismo ángel que en Nazaret le dirigió a la Virgen el anuncio de alegría, invita ahora a la Madre a alegrarse: «El ángel gritaba a la Llena de gracia: Alégrate, oh Virgen pura; lo repite: ¡Alégrate! Ha resucitado tu Hijo de la tumba el tercer día». Es probable que la antífona *Regina caeli*, compuesta en prosa rítmica como un tropario, tenga raíces litúrgicas bizantinas.

Juan Pablo II ha recordado varias veces en la primera aparición de Jesús a la Madre. Dijo durante una audiencia general a los fieles el 2 de mayo de 1979: «La Iglesia con su *antífona pascual* “Regina caeli” habla a la Madre, a Aquella que tuvo el privilegio de llevar en su seno, bajo el corazón y más tarde entre sus brazos, al Hijo de Dios y nuestro Salvador. La última vez que la acogió entre los brazos cuando lo colocaron bajaron de la Cruz, en el Calvario. Bajo sus ojos, lo envolvieron en la sábana fúnebre y lo llevaron al sepulcro. Bajo sus ojos de la Madre! Y he aquí, el tercer día la tumba fue encontrada vacía. Pero Ella no ha sido la primera a constatarlo. Primero fueron las “tres Marías” y entre ellos particularmente María Magdalena, la pecadora convertida. Lo comprobaron más tarde los apóstoles anunciado por las mujeres. Y también si los Evangelios no nos dicen nada de la visita de la Madre de Cristo el lugar de su Resurrección, sin embargo nosotros pensamos que *Ella tuvo de algún modo estar presente primeramente*. Ella por primera debería *participar al misterio de la Resurrección*, porque tal era el derecho de la Madre. La liturgia de la Iglesia respeta este derecho de la Madre, cuando se dirige a Ella esta particular invitación a la alegría de la Resurrección: *Laetare; Resurrexit sicut dixit*; Y de inmediato la misma antífona añade la súplica por la intercesión: *Ora pro nobis Deum*. La revelación de la potencia divina del Hijo por medio de la Resurrección es al mismo tiempo revelación de la “omnipotencia de intercesión” (*omnipotentia supplicis*) de María en relación a este Hijo» (Enseñanzas de Juan Pablo II, II/1, p. 1033-1034).

Las celebraciones del *Regina caeli*, compuestas por el p. Ignazio M. Calabuig con la Comisión Litúrgica Internacional de los Siervos de María, no solo documenta la aparición de Jesús a la Madre, sino desea motivar la “conciencia” que Ella tenía de la resurrección del Hijo, sea que conservaba todas sus palabras y las meditaba en el corazón, como iluminada por el Espíritu, entreveía prefigurado el misterio pascual en símbolos bautismales inscritos en la creación, en la primera celebración. En la segunda celebración, cercana a la solemnidad de Pentecostés hace que María en diálogo con algunos apóstoles narre episodios de su vida familiar tejidas por las mociones del Espíritu Santo. Es una ayuda y preparación para vivir y celebrar mejor la grande Solemnidad de Pentecostés.

CELEBRACIÓN DEL «REGINA CÆLI»

INVITACIÓN A LA ALABANZA

1. V. ¡Alégrese y exulten, Cristo ha resucitado, Aleluya!

R. A Él la alabanza y gloria por los siglos, Aleluya!

V. Gloria a ti, Cordero inmolado.

R. Tú subiste a la Cruz y has vencido a la muerte;
has resucitado del sepulcro y reinas
glorioso a la derecha del Padre, Aleluya

SALUDO Y MONICIÓN

2. Cuando la celebración se realiza con la participación del pueblo y es presidida por un presbítero o diácono, él puede dirigirse a la asamblea este u otro saludo adaptado:

G. La luz, la paz
y la alegría de Cristo resucitado
esté con todos ustedes

A. Y con tu espíritu.

HIMNO

R/. *¡Reina del cielo alégrate;
tu Señor ha resucitado, Aleluya!*

Comienza ya un nuevo día,
el tiempo pascual retorna,
y la mañana temprano
cantamos, Cristo, tu gloria. **R/.**

Por nosotros padeciste
viviendo muerte y congojas;
sufres, más tornas integro
y de nuevo esplendor gozas. **R/.**

La Virgen que en el patíbulo
e acompañó dolorosa,
se alegra con tu alegría
y muda de gozo llora. **R/.**

Y con María, la Iglesia
jubilosa se alborozaba

y a la del Resucitado
Madre del júbilo nombra. **R/.**

El cielo, la tierra, el orbe
la saludan, y pregonan:
que Cristo salvo triunfante
la humanidad pecadora. **R/.**

Subiendo, Cristo, contigo
nuestro corazón transporta,
y al Espíritu y al Padre
laudemos también ahora. Amén. **R/.**

CÁNTICO

Ant. Alégrate. Virgen de la Pascua:
de ti nació el Señor de la historia,
alfa y omega de toda la creación.

Cántico Flp 2, 6-11

Cristo, siervo de Dios, en su misterio pascual

Cristo, a pesar de su condición divina,
no hizo alarde de su categoría de Dios;
al contrario, se despojó de su rango
y tomó la condición de esclavo,
pasando por uno de tantos.

Y así, actuando como un hombre cualquiera,
se rebajó hasta someterse incluso a la muerte,
y una muerte de cruz.

Por eso Dios lo levantó sobre todo
y le concedió el «Nombre-sobre-todo-nombre»;
de modo que al nombre de Jesús toda rodilla se doble
en el cielo, en la tierra, en el abismo,
y toda lengua proclame:
Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Ant. Alégrate. Virgen de la Pascua:
de ti nació el Señor de la historia,
alfa y omega de toda la creación.

SECUENCIA

Si se considera oportuno, después del Cántico sigue la Secuencia. Diálogo entre María (= M), las Hijas de Jerusalén (= H), que pueden ser apersonadas por una o más voces femeninas, y el Coro. La Secuencia-Diálogo está compuesta por una serie de preguntas-respuestas. Si se desea abreviar el Diálogo, se puede omitir alguna pregunta-respuesta, excepto la séptima.

1.

H. ¿Cómo lo has sabido María?
¿te lo han dicho las mujeres que,
que al salir el sol, había corrido al sepulcro?

M. He percibido su respiro:
el aire dulce y puro, de nueva frescura,
signo de la Aura fecunda que el cosmos ya envuelve,
presencia fuerte del Aliento de vida.

Coro. ¡Aleluya! Aleluya!
¡Nada es como antes!

2.

H. ¿Cómo has sabido, Virgen?
¿tal vez ha venido María de Mágdala,
las manos aún perfumadas
y el rostro difuso de luz?

M. Despidiéndose de la noche,
las estrellas brillaban con insólito fulgor,
y se apresuraba el curso
urgido por la luz del eterno Día.

Coro. ¡Aleluya! Aleluya!
¡Nada es como antes!

3.

H. Qué has dicho, Madre?
¿tal vez Juan, el discípulo amado,
acudió veloz al sepulcro?

M. Lo he sabido esta mañana, en el alba radiosa:
una perla de rocío en un hilo de hierba
era principio y signo del Bautismo del universo.

Coro. ¡Aleluya! Aleluya!
¡Nada es como antes!

4.

H. ¿Cómo lo has sabido, Virgen, hermana nuestra?
¿tal vez vino Pedro,
que lo ha encontrado cerca del jardín?

M. En la tibieza primaveral,
ya los campos olían de pan
y de mosto las viñas:
cada tallo era profecía del cuerpo traspasado y resucitado,
cada flor del vil signo de la Sangre
derramada y gloriosa

Coro. ¡Aleluya! Aleluya!
¡Nada es como antes!

5.

H. ¿Cuáles voces has oído, María,
también si han hablado los ángeles
y te han mostrado el sudario y las vendas?

M. Los olivos, testigo de su sudor y sangre,
hablaban, mansos, de esperanza y de paz,
y de su tronco viejo chorreaba el crisma nuevo,
que ha santificado toda la tierra.

Coro. ¡Aleluya! Aleluya!
¡Nada es como antes!

6.

H. ¿Quién ha dado la noticia, Madre?
¿también de ti han venido los discípulos de Emaús
que, anocheciendo,
lo han reconocido en la fracción del pan?

M. Cuando el sepulcro intacto ha temblado
un estremecimiento he sentido en mi seno virginal.
¡El de nuevo había nacido!

Coro. ¡Aleluya! Aleluya!
¡Nada es como antes!

7.

H. No dejes, María, nuestro ánimo suspendido.
¿Dinos de quien lo supiste.
De un discípulo secreto,
de un soldado arrepentido,
de un ángel del cielo?

M. No de voces de hombres, hermanas,
ni de mensajes de ángeles la buena noticia lo he sabido.
Ya la conocía.
Custodiaba en el corazón su palabra:
“El tercer día resucitaré”.

Coro. ¡Aleluya! Aleluya!
¡Nada es como antes!

PALABRA DE DIOS

Del santo Evangelio según san Mateo

(28, 1-10)

«Ha resucitado, como había predicho».

Transcurrido el sábado, al amanecer del primer día de la semana, María Magdalena y la otra María fueron a ver el sepulcro. De pronto se produjo un gran temblor, porque el ángel del Señor bajó del cielo y acercándose al sepulcro, hizo rodar la piedra que lo tapaba y se sentó encima de ella. Su rostro brillaba como el relámpago y sus vestiduras eran blancas como la nieve. Los guardias, atemorizados ante él, se pusieron a temblar y se quedaron como muertos. El ángel se dirigió a las mujeres y les dijo: “No teman. Ya sé que buscan a Jesús, el crucificado. No está aquí; ha resucitado, como lo había dicho. Vengan a ver el lugar donde lo habían puesto. Y ahora, vayan de prisa a decir a sus discípulos: ‘Ha resucitado de entre los muertos, e irá delante de ustedes a Galilea; allá lo verán’. Eso es todo”.

Ellas se alejaron a toda prisa del sepulcro, y llenas de temor y de gran alegría, corrieron a dar la noticia a los discípulos. Pero de repente Jesús les salió al encuentro y las saludó. Ellas se le acercaron, le abrazaron los pies y lo adoraron. Entonces les dijo Jesús : “No tengan miedo, Vayan a decir a mis hermanos que se dirijan a Galilea. Allá me verán”.

Palabra del Señor.

A. Gloria a ti, Señor Jesús.

ACLAMACIONES

La aclamación que sigue puede prolongarse –si se considera oportuno- con otras aclamaciones, de manera que constituya una especie de himno a Cristo Resucitado.

1. **L.** Tu eres el Viviente:
vencida la muerte, sentado a la derecha del Padre,
y vives en el corazón del hombre creyente.

A. !Gloria a ti, oh Cristo!

2. **L.** Tú eres el Alfa y el Omega,
el Primero y el Último:
plenitud del hombre y sello del cosmos.

A. !Gloria a ti, oh Cristo!

3. **L.** Tú eres la estrella radiosa de la mañana,
que en el alba marca el día sin ocaso:
a tu luz se orienta el corazón del hombre,
y se tranquiliza.

A. !Gloria a ti, oh Cristo!

4. **L.** Tú eres el Cordero que fue inmolado
y ahora está vivo:
por la violencia del hombre llegas a ser manso,
y él opone del odio la fuerza del amor.

A. !Gloria a ti, oh Cristo!

5. *L.* Tú eres el Pastor,
que guía a las fuentes de agua de la vida:
para ti el hombre camina seguro,
ni aridez lo afecta,
ni teme algún mal.

A. !Gloria a ti, oh Cristo!

6. *L.* En la púrpura real está escrito tu nombre;
“Rey de reyes y Señor de los señores”;
solo tu dominio de amor acepta el hombre
y alegre inclina el cuello al yugo suave.

A. !Gloria a ti, oh Cristo!

7. *L.* Tú eres el fiel y el Verdadero,
en el grande trono blanco juzgas el mundo:
solo en tu juicio confía el oprimido,
el huérfano y la viuda de todo tiempo.

A. !Gloria a ti, oh Cristo!

MEDITACIÓN DE LA PALABRA DE DIOS

Después de la lectura del Evangelio –o eventualmente después de la aclamación a Cristo resucitado- aquel que preside comenta los textos proclamados; o bien se lee un texto tomado de los escritos de los Santos Padres o de otros Autores de válida doctrina, o se observa un momento de silencio meditativo.

CANTO DEL “REGINA CAELI”

Terminada la meditación de la Palabra, se encienden, en signo de alegría, todas las luces de la iglesia, y aquel que preside incienso la imagen de la Virgen. Mientras tanto se canta:

REGINA CAELI

Re-gí-na caé-li lae-ta-re, al-le-lú-ia: Quí-a quem
me-ru-í-sti por-tá-re, al-le-lú-ia: Re-sur-ré-xit
sícut dí-xit, al-le-lú-ia: O-ra pro nó-bis Dé-um,
al-le-lú-ia.

O bien:

Reina del cielo, alégrate, aleluya,
porque el Señor,
a quien has merecido llevar, aleluya,
ha resucitado, según su palabra, aleluya.
Ruega al Señor por nosotros, aleluya.

G. Goza y alégrate Virgen María, ¡aleluya!
A. Porque verdaderamente el Señor resucitó ¡Aleluya!

ORACIÓN

G. Oremos.

Oh Dios
que en la gloriosa resurrección de tu Hijo
has vuelto a dar la alegría al mundo entero,
por intercesión de María virgen,
concédenos gozar la alegría sin fin de la vida eterna.
Por Jesucristo nuestro Señor.

A. Amén.

DESPEDIDA

Si la celebración es presidida por un presbítero o por un diácono él, antes de despedir, bendice la asamblea con esta u otra común fórmula de bendición:

G. Dios, que con la resurrección de su Hijo
has despejado las tinieblas del mundo,
llene sus corazones de la alegría pascual
y los establezca en la paz.

A. Amén.

G La bendición de Dios omnipotente,
Padre, + Hijo y Espíritu Santo
descienda en ustedes y con ustedes
permanezca para siempre.

A. Amén.

G Vayan en la paz del Señor
y custodien en el corazón la alegría de la Pascua.

A. Demos gracias a Dios.

CELEBRACIÓN DEL «REGINA CÆLI» CERCA DE PENTECOSTÉS

INVITACIÓN A LA ALABANZA

1. V. ¡Alégrense y exulten, Cristo ha resucitado, Aleluya!

R. A Él la alabanza y gloria por los siglos, Aleluya!

V. Gloria a ti, Cordero inmolado.

R. Tú subiste a la Cruz y has vencido a la muerte;
has resucitado del sepulcro y reinas
glorioso a la derecha del Padre, Aleluya

SALUDO Y MONICIÓN

2. Cuando la celebración se realiza con la participación del pueblo y es presidida por un presbítero o diacono, él puede dirigirse a la asamblea este u otro saludo adaptado:

G. La luz, la paz
y la alegría de Cristo resucitado
esté con todos ustedes

A. Y con tu espíritu.

MONICIÓN

3. Un lector anuncia el tema de la celebración con estas palabras o con otras semejantes:

L. Es inminente la solemnidad de Pentecostés,
plenitud de la Pascua.
En nuestra celebración glorificaremos a Dios Padre,
por el don del Espíritu – brisa y viento, rocío y fuego-
efuso en la Iglesia naciente
después de 50 días de la resurrección de Cristo.
Pero también haremos memoria de de Santa María,
la madre de Jesús,
protagonista del acontecimiento pentecostal.
Según el mandamiento del Señor
la Virgen se había quedado en la ciudad (cf. *Lc* 24, 49)
junto con los apóstoles y con los demás discípulos,
con algunas mujeres y con los hermanos del Señor (cf. *Hch* 1, 14)
en espera «que se cumpla la promesa del Padre» (*Hch* 1, 4)
«Asiduos y concordes en la oración» (*Hch* 1, 14),
ellos imploraban la venida del Espíritu.
Por medio de la escucha de la Palabra
y la oraciones de súplica,

recordaremos también nosotros aquel acontecimiento de luz y salvación;
así nuestra celebración será también preparación
a la grande liturgia de Pentecostés.

HIMNO

4.

Se cumple la espera
del parto del cosmos:
del intacto sepulcro
el Hijo ha Resucitado;
te inunda poseedora
la alegría pascual

Empero de nuevo
en trépida espera:
elevado de la tierra
celado de nube
el rostro de Luz,
al cielo ha subido.

Antigua promesa,
remota esperanza,
al corazón se eleva:
serán profetas
los hijos e hijas
del nuevo Israel.

En torno a ti Madre,
de mujeres y discípulos
el grito se eleva,
concorde y orante
el Espíritu baje,
dador de vida

De fuego y de viento
la casa se inunde
y vibra sonora:
acuden las gentes,
resuena el Evangelio.
!Ha nacido la Iglesia;

Al solo Señor,
al Viento de vida,
al Neuma divino,
el honor y la gloria,
la gloria perenne
por los siglos sin fin. Amén.

CÁNTICO

5. Ant. Alégrate, Virgen de la Pascua,
primicia del Espíritu
inundada del cosmo,
perenne memoria de la Iglesia, aleluya.

Cántico a Cristo, Cordero inmolado
(Ap 4, 11; 5, 9. 10. 12)
Himno de los salvados

Eres digno, Señor Dios nuestro,
de recibir la gloria, el honor y el poder,
porque tú has creado El universo;
porque por tu voluntad lo que no existía fue creado.

Eres digno de tomar el libro y abrir su sellos,
porque fuiste degollado
y con tu sangre compraste para Dios
hombres de toda raza, lengua, pueblo y nación;
y has hecho de ellos para nuestro Dios
un reino de sacerdotes,
y reinan sobre la tierra.

Digno es el Cordero degollado
de recibir el poder, la riqueza y la sabiduría,
la fuerza y el honor, la gloria y la alabanza.

Ant. Alégrate, Virgen de la Pascua,
primicia del Espíritu
inundada del cosmo,
perenne memoria de la Iglesia, aleluya.

SECUENCIA

6. Si se considera oportuno, después del Cántico sigue la Secuencia. Diálogo entre María (= M), algunos apóstoles (Pe= Pedro; Jn=Juan; Sant=Santiago), que pueden ser apersonadas por una o más voces, María Magdalena (MMag) y el Coro. La Secuencia-Diálogo está compuesta por unas trece preguntas-respuestas. Si se desea abreviar el Diálogo, se puede omitir alguna pregunta-respuesta, excepto la última.

7.

*Memorias sagradas
de la espera orante del Espíritu*

1.

Pe. En la espera que se realice la promesa de lo alto
cuéntanos, María, hermana nuestra,
la infancia del resucitado, tu Hijo y nuestro Señor.

M. Confío, Pedro, que sea agradable al Señor
narrar las grandes obras que él ha hecho en nuestro favor.
Conservo en el corazón, casi memoria del Espíritu,
el recuerdo de acontecimientos extraordinarios
relativos al nacimiento de Jesús.

2.

Pe. Entonces cuéntanos, María. Te escuchamos.

M. Estaba prometida con José, hombre justo,
de la estirpe de David.
El y yo, en nuestro amor,
queríamos siempre, sólo, en todo,
cumplir la voluntad de Dios.

Coro. Salve, Mujer de la Pascua,
gloria del Espíritu, aleluya.

3.

Pe. Sigue, María.

M. Un día vino a mí el ángel Gabriel enviado por Dios.
Me dijo que llegaría a ser,
-yo, la pequeña Myriam, de la despreciada Nazaret-,
la Madre del Cristo Mesías.
Y añadió que ello sucedería
sin que yo conociera hombre,
sino por obra del Espíritu divino,
energía fecundante del Dios de la Gloria.

Coro. Salve, Mujer de la Pascua,
gloria del Espíritu, aleluya.

4.

Jn. ¿Y qué respondiste al anuncio?

M. Creí como creyó nuestro padre Abraham;
respondí como habría respondido
una verdadera hija de Israel.
Sujeta por el Espíritu,
dije «Hágase en mí según tu palabra».

Coro. Salve, Mujer de la Pascua,
gloria del Espíritu, aleluya.

5.

Pe. ¿Y qué sucedió?

M. ¿Cómo decir lo indecible, Pedro?
El Espíritu, nube divina, me había cubierto;
y mi seno, aunque todavía virgen,
llegó a ser seno de mujer madre.

Coro. Salve, Mujer de la Pascua,
gloria del Espíritu, aleluya.

6.

Sant. ¿Dónde fuiste, María? ¿Qué hiciste?

M. Me dirigí con Isabel, esposa del sacerdote Zacarías,
mi pariente.
El ángel me había dicho que ella,
mujer anciana y estéril,
había concebido un hijo con el favor divino,
caminaba rápido, impulsada por el Espíritu.
Sentía que llevaba conmigo al Santo de los Santos.

Coro. Salve, Mujer de la Pascua,
gloria del Espíritu, aleluya.

7.

Pe. ¿Dónde encontraste a Isabel?

M. En la puerta de la casa del sacerdote Zacarías.
Nos abrazamos. Se encontraron nuestros hijos.
Fue una grande epifanía del Espíritu.
Fue colmada Isabel.
Reconoció en mí la «Madre del Señor»
y me dijo dichosa por mi fe.
Fue colmado su hijo, y danzó en el seno de la madre,
reconociendo en mi Hijo al Salvador potente de Israel.

Coro. Salve, Mujer de la Pascua,
gloria del Espíritu, aleluya.

8.

Jn. ¿Y tú María?

M. Yo sentí que bajaba en mí el Espíritu
que se había posado en las grandes profetisas de Israel
-en Myriam, la hermana de Moisés, Débora y Ana-,
y proclamé con toda mi alma al Señor,
el Omnipotente, el cual nombre es Santo.
Del corazón y de los labios salían poderoso el canto,
empero, percibí que ello no era sólo mío:
distinguía las voces más puras del antiguo Israel,
y oía ecos futuros, lejanos,
casi como si fuera el canto del nuevo pueblo mesiánico.

Coro. Salve, Mujer de la Pascua,
gloria del Espíritu, aleluya.

9

Sant. Te agradecemos, Madre, de tu narración, pero continua.

M. Quisiera, Santiago, conservar para mí algunos recuerdos.

Pero comprendo.

La Madre de Jesús pertenece ya a la comunidad de los discípulos.

Y sus recuerdos son testimonio del Maestro.

Hablaré entonces.

Después de tres meses regresé a Nazaret.

Encontre a José. Fue sorprendido,

turbado al ver en mi cuerpo

el signo de una Vida que nacía.

Sufrió. Se retiró asombrado, titubeante.

Pero, por misericordia de Dios,

en la noche, un ángel del Señor le reveló el origen de mi maternidad:

«aquél que ha sido generado en ella

–le dijo– viene del Espíritu Santo»;

le reveló también el rol único,

que él debería desarrollar en la vida del Salvador.

Nos encontramos de nuevo.

Nos miramos, nos entendimos.

Alabamos al Señor en el corazón silencioso y agrato.

Me acogió y acogió al fruto de mi seno:

así el Hijo del Altísimo llegó a ser Hijo de David.

Coro. Salve, Mujer de la Pascua,
gloria del Espíritu, aleluya.

10.

MMag. ¿Y Jesús donde nació?

M. En Belén de Judá, como está escrito en el libro del profeta Miqueas.

Fuimos a la ciudad de David,

con ocasión del censo ordenado por Cesar Augusto.

Allí llegó la hora del parto.

No había lugar para nosotros en el albergue.

Nos dirigimos entonces a una gruta.

Por un momento sucedió algo extraordinario en el cosmo:

inmóvil el aire, parado el curso de los astros,

quieta las gacelas, suspendidos en el cielo los pájaros,

en espera los peces del mar, ninguna hoz sobre las flores,

ninguna lanza levantada para golpear al hombre.

Estaba la paz del Espíritu.

Entonces nació Jesús

Aquel que antes de la creación del mundo

había sido generado Luz de la Luz floreció carne de mi carne.

Sentí el váguido, primer llanto del Hombre para el hombre.

Lloré también yo, lloré de alegría:

había nacido el Salvador del mundo.

Coro. Salve, Mujer de la Pascua,
gloria del Espíritu, aleluya.

11.

Pe. ¿Y qué hiciste entonces, María?

M. Cubrí con vendas al Niño

y lo puse en un pesebre.

Era un signo.

He comprendido el significado

en ésta última y primera Pascua:

cuando José de Arimatea y Nicodemo

envolvieron en vendas el cuerpo atormentado de Jesús

y lo colocaron en un sepulcro nuevo.

Pero vuelvo a narrar por orden.

Se abrieron los cielos

y «una multitud del ejército celestial»

glorificaba a Dios

y daba un anuncio de paz a los hombres.

En el corazón de la noche

acudieron a la gruta los pastores de la aldea;

hablaban y referían guiados por los ángeles

lo que habían visto;

comprendí que aquellos humildes pastores

eran la primicia del antiguo Israel que acogía al Mesías.

Más tarde vivieron de países lejanos

–la luz del Espíritu–

querían adorar al neonato Rey de los Judíos;

mirándolos prostrados a los pies de mi Niño

comprendí que eran la primicia de los gentiles,

que acogía al Salvador del mundo.

Coro. Salve, Mujer de la Pascua,

gloria del Espíritu, aleluya.

12.

Sant. ¿Fuiste alegre entonces, María

de ver con cuánto amor ha sido acogido tu Hijo?

M. Sí, Santiago, estuve contenta.

Pero de inmediato fui testigo del misterio del rechazo.

Al día siguiente de la partida de aquellos personajes,

en la aldea de Belén, por envidia del cruel Herodes

hubo una matanza de niños inocentes.

Entonces, se oyó, desgarrado,

el grito de dolor de Raquel, que lloraba a sus hijos:

un grito el cual eco atravesará, implacable, los siglos.

Y José, y el Niño y yo tuvimos que huir a Egipto.

Pero ya antes, cuando había llevado al Niño al Templo,

para rescatarlo según la Ley del Señor,

un hombre virtuoso, Simón y una profetiza, Ana,

movidos por el Espíritu, habían reconocido en el niño a Jesús

«la luz de las gentes y la gloria de Israel».

Y también Simeón predijo que Jesús sería

un «signo de contradicción»

y una espada debería de traspasar mi alma.
Comprendí entonces el trágico destino
que esperaba a mi Hijo,
y como yo, la madre, estaría asociada
al misterio de su pasión.

Coro. Salve, Mujer de la Pascua,
gloria del Espíritu, aleluya.

13.

Jn. ¿Cuándo regresaste, Madre a Nazaret, qué hacía allá Jesús?

M. Regresamos cuando murió Herodes.

Un ángel del Señor advirtió a José
de retirarse en las regiones de Galilea,
en la ciudad de Nazaret, precisamente.

No puedo jamás describir, Juan,
la felicidad pura de nuestra vida en la casa de Nazaret:

Jesús amaba intensamente la ley del Señor,
dirigía a menudo los ojos al cielo,

amaba Israel su pueblo,

amaba el oficio del padre;

estaba lleno de sabiduría en su conversar,

largos e intensos eran nuestros silencios.

En todo estaba sujeto a José y a mí,

sin embargo sentíamos que él nos trascendía;

una vez nos dijo:

«¿No saben que tengo que ocuparme de las cosas de mi Padre?».

Estaba contenta junto a él.

Sin embargo vivía de sola fe:

La que ilumina todo hombre, era nada más que un enigma tenaz para mí.

Enigma que sólo el Espíritu puede revelar.

Pasában los años

Uno después del otro.

Siempre intensos, siempre iguales.

Parecía que él esperase un signo.

Sí, era así.

El signo, signo de sangre,

llegó cuando el amigo Juan fue asesinado

Entonces, impulsado por el Espíritu, dejó la casa de Nazaret.

Fue al desierto.

Empezó a predicar:

«Conviértanse porque el reino de los cielos está cerca».

El resto lo conocen ustedes como yo,

Ustedes, hijos míos, las doce palmas del nuevo Israel.

Coro. Salve, Mujer de la Pascua,
gloria del Espíritu, aleluya.

PALABRA DE DIOS

Lectura del libro de los Hechos de los Apóstoles 1, 12-14; 2, 1-4

Perseveraban unánimes en la oración

Después de la ascensión de Jesús a los cielos, los apóstoles regresaron a Jerusalén desde el monte de los Olivos, que dista de la ciudad lo que se permite caminar en sábado. Cuando llegaron a la ciudad, subieron al piso alto de la casa donde se alojaba, Pedro y Juan, Santiago y Andrés, Felipe y Tomás, Bartolomé y Mateo, Santiago (el hijo de Alfeo), Simón el cananeo y Judas, el hijo de Santiago. Todos ellos perseveraban unánimes en la oración, junto con María, la madre de Jesús, con los parientes de Jesús y algunas mujeres.

El día de Pentecostés, todos los discípulos estaban reunidos en un mismo lugar. De repente se oyó un gran ruido que venía del cielo, como cuando sopla un viento fuerte, que resonó por toda la casa donde se encontraba. Entonces aparecieron lenguas de fuego, que se distribuyeron y se posaron sobre ellos; se llenaron todos del Espíritu Santo y empezaron a hablar en otros idiomas, según el Espíritu los inducía a expresarse.

Palabra de Dios

A. Demos gracias a Dios.

O bien:

Lectura del santo Evangelios según san Juan 14, 15-21. 25-27

Yo rogaré al Padre y él les enviará otro Consolado

En aquel tiempo, Jesús dijo a sus discípulos: «Si me aman, cumplirán mis mandamientos; yo le rogaré al Padre y él les enviará otro Consolador que esté siempre con ustedes, el Espíritu de verdad. El mundo no puede reibirlo, porque no lo ve ni lo conoce; ustedes, en cambio, sí lo conocen, porque habita entre ustedes y estará en ustedes.

No los dejaré desamparados, sino que volveré a ustedes. Dentro de poco, el mundo no me verá más, pero ustedes sí me verán, porque yo permanezco vivo y ustedes también vivirán. En aquel día entenderán que yo estoy en mi Padre, y ustedes en mí y yo en ustedes.

El que acepta mis mandamientos y los cumple, ése me ama. Al que me ama a mí, lo amará mi Padre, yo también, lo amaré y me manifestaré a él.

Les he hablado de esto ahora que estoy con ustedes; pero el Consolador, el Espíritu Santo que mi Padre les enviará en mi nombre, les enseñará todas las cosas y les recordará todo cuanto yo les he dicho»

Palabra del Señor

A. Gloria a ti oh Cristo.

MEDITACIÓN DE LA PALABRA DE DIOS

Después de la lectura de la Palabra de Dios, el que preside comenta el texto proclamado; o bien se lee un texto tomado de los escritos de los santos padres o de otros autores de válida doctrina, o se observa un momento de silencio meditativo.

VEN, OH ESPÍRITU SANTO

Terminada la meditación de la Palabra, la asamblea implora la venida del Espíritu.

G. Ven, Espíritu Santo,
energía vital
aliento divino

que hizo inerte el barro
hombre viviente,
gloria de Dios, ven,
pon en el corazón del hombre
el sello del amor,
plasma en él el rostro de Cristo,
fecunda el seno de la Virgen Iglesia

A. Veni, Sancte Spiritus.

G. Ven, espíritu Santo,
respiro plácido del alma,
brisa suave, que placa refrigerante
la ardiente violencia del hombre,
ven, y abate con tu soplo ligero
los muros del orgullo,
las barreras de la discordia.

A. Veni, Sancte Spiritus.

G. Ven, Espíritu Santo,
linfa del árbol de la vida,
agua que brota del corazón traspasado de Cristo,
que se derrama en la fuente bautismal,
ven,
lava nuestras culpas,
extingue nuestra sed,
riega y fecunda el campo de la Iglesia.

A. Veni, Sancte Spiritus.

G. Ven, Espíritu Santo,
bálsamo de paz,
ungüento perfumado,
crisma de supernas unciones,
ven,
unge nuevos miembros del pueblo sacerdotal, real, profético,
consagra las manos de los sagrados ministros,
refuerza los miembros enfermos y debilitados.

A. Veni, Sancte Spiritus.

G. Ven, Espíritu Santo,
Espíritu de profecía y de canto,
custodio de la Escritura, memoria perenne de la Iglesia,
ven,
abre nuestros labios a la alabanza pura,
revélanos la plenitud de la Verdad,
inspira a la Iglesia la admonición fuerte
y la invitación persuasiva.

A. Veni, Sancte Spiritus.

G. Ven, Espíritu Santo,
bajado en el Cenáculo,
como viento impetuoso,
estruendo improviso del cielo,
ven,
despierta nuestro entumecimiento,
sacude nuestra inercia,
impulsa al mar la nave de la Iglesia.

A. Veni, Sancte Spiritus.

G. Ven, Espíritu Santo,
Espíritu de gloria y belleza,
ternura materna del Padre,
compasión diligente del Hijo,
ven,
adorna la Esposa con el esplendor de tus dones,
haznos capaces de inclinarnos al hombre desalentado y herido,
comunica a todos el amor santificante de la beata Trinidad.

A. Veni, Sancte Spiritus.

CANTO DEL “REGINA CAELI”

Terminada la meditación de la Palabra, se encienden, en signo de alegría, todas las luces de la iglesia, y aquel que preside incienso la imagen de la Virgen. Mientras tanto se canta:

REGINA CAELI

Re-gí-na caé-li lae-ta-re, al-le-lú-ia: Quí-a quem
me-ru-í-sti por-tá-re, al-le-lú-ia: Re-sur-ré-xit
sícut dí-xit, al-le-lú-ia: O-ra pro nó-bis Dé-um,
al-le-lú-ia.

O bien:

Reina del cielo, alégrate, aleluya,
porque el Señor,
a quien has merecido llevar, aleluya,
ha resucitado, según su palabra, aleluya.
Ruega al Señor por nosotros, aleluya.

G. Goza y alégrate Virgen María, ¡aleluya!
A. Porque verdaderamente el Señor resucitó ¡Aleluya!

ORACIÓN

G. Oremos.

Oh Dios
que en la gloriosa resurrección de tu Hijo
has vuelto a dar la alegría al mundo entero,
por intercesión de María virgen,
concédenos gozar la alegría sin fin de la vida eterna.
Por Jesucristo nuestro Señor.

A. Amén.

DESPEDIDA

Si la celebración es presidida por un presbítero o por un diácono él, antes de despedir, bendice la asamblea con esta u otra común fórmula de bendición:

G. Dios, que con la resurrección de su Hijo
has despejado las tinieblas del mundo,
llene sus corazones de la alegría pascual
y los establezca en la paz.

A. Amén.

G La bendición de Dios omnipotente,
Padre, + Hijo y Espíritu Santo
descienda en ustedes y con ustedes
permanezca para siempre.

A. Amén.

G Vayan en la paz del Señor
y custodien en el corazón la alegría de la Pascua.

A. Demos gracias a Dios.

